

EL ÚLTIMO AZTECA

Á LA MEMORIA DE MI PADRE EL SR. LIC. D. JUAN PEON Y CANO.

ROMANCE I

EL SITIO.

Hernando Cortés al frente
De los españoles tercios,
Diezmados por Cuitlahuatzin
En una noche de duelo,
Y con las huestes marciales
De aquel tlaxcalteca ejército,
Tan implacable en sus odios
Y al Anahuac tan funesto,

A Tenuchtitlan con grandes
Y poderosos aprestos,
Al anoecer de un día
Le pone el último cerco.

Suena el tambor del Teocalli
En tan solemnes momentos,
Y su sonido los montes
Repercuten á lo lejos:

«Guerra», difunden los aires,
«Guerra», repiten los ecos,
Y quedan las sementeras
Y los hogares desiertos.

Todos á las armas corren
Ebrios, y de odio sedientos,
Y donde no alzan trincheras
Llenan de fosos el suelo.

El bronce truena, conmueve
Los muros en sus cimientos,
Y á su fulgor los aceros
Brillan entre el humo denso;

Se oyen gritos de agonía,
Crece el horror del estruendo,
Y flechas, dardos y piedras
El curso atajan del viento.



¡Gloriosos días de luto!
¡Gloriosos días aquellos
En que el altar de la patria
Bañan en sangre los pueblos!!

La gran ciudad no se rinde
Al conquistador ibero,
Ni de los traidores teme
Al número ni al esfuerzo;

Pues Cuauhtemotzin la guarda
En instantes tan supremos,
Y jura á los mexicanos
Lidiar y morir con ellos!



Avanzan lentos los días
Y lento avanza el asedio;
Tras espantosos combates
Y formidables encuentros.

El astro azteca se eclipsa
Envuelto en fúnebres velos,
Y cunde entre los sitiados
La angustia, no el desaliento.

La tierra se ha convertido
En un panteon inmenso,
Y nadan en la laguna
Los cadáveres sangrientos.

Se oye de hambrientas mujeres
El moribundo lamento,
Y devorando á sus hijos
Piden la muerte á los cielos.

Los ancianos sacerdotes
Y los valientes guerreros,
Cruzan las calles inmundas,
Sombrios y macilentos.

Y tan espantoso cuadro
Tal parece del infierno,
A los resplandores fúnebres
De las llamas del incendio.



Se difunda hasta los campos
La fetidez de los muertos,
Que insepultos en las calles
Son de la lid pavimento.

Cortés, tan grande heróismo
Y tanto infortunio viendo,
Manda al rey una embajada
Con dos nobles prisioneros.

Pídele cese el estrago,
Y por decorosos medios,
Rinda las armas, y entregue
La Capital de su reino.

Cuauhtemotzin, indignado,
De honor y constancia ejemplo,
Rechaza ofertas que juzga
Por deshonrosos convenios;

Y las citas y embajadas,
Y los constantes empeños
Del conquistador, recibe
Siempre digno, siempre fiero.

Con el Cihuacoatl le envía
A decir que está resuelto
A sucumbir en la lucha
Sin acceder á sus ruegos;

Que á conferenciar se niega,
Que firme estará en su puesto,
Que quien su deber conoce
Por él sucumbe sin miedo.

Y el castellano orgulloso
Tales razones oyendo,
Ordena el último asalto
Y entra á la lid el primero.



ROMANCE II

LA PRISION.

Defiende el azteca rudo
Con un valor indomable,
El trono de sus mayores
Y su hacienda y sus hogares.

Y defiende más que todo,
Porque más que todo vale,
De su nacion infelice
Las augustas libertades.

Cuauhtemotzin valeroso
Resiste en plazas y calles,
De su terrible enemigo
Al escuadron formidable;
Y resiste á sus empujes,
Bien, como suele en los mares
Acorazado madero
De las olas el embate.

No abandona sus trincheras
Mas que cuando al suelo caen,
Ni desampara sus fosos
Sino henchidos de cadáveres.

Empero, desesperado,
Mira que la muerte abate,
Como en los campos la chia
Ciega la hoz incansable,

A la flor de sus guerreros,
Murallas de su estandarte,
Y á los nobles que pelean
En torno suyo leales.



Comprende al cabo el monarca,
Al comenzar una tarde,
De angustia lleno por dentro,
Por fuera de lodo y sangre,
Que sus abatidas tropas,
Escasas y miserables,
Si combatiendo no mueren
Víctimas serán del hambre.

Con Tecuichpotzin su esposa,
Que es de sus cuitas el ángel,
Se acoge á débil piragüa,
Presa el alma de coraje,

Y al puerto de Tlaltelolco
Vuela, sin imaginarse
Que en él Sandoval lo espera
Para impedir que se salve.



Cruzando van por el lago
Como vandadas de aves,
En rápidos barquiachuelos
De todas formas y clases,

Mujeres, niños, ancianos
Y vencidos militares,
Que huyen de la soldadesca,
Del incendio y del pillaje.

Sandoval con otros muchos
Corona por todas partes
El exíguo embarcadero
De Tlaltelolco, y que pasen

Impide á los fugitivos
Que en tan apurado trance,
Al remo, tan solo, fian
Sus vidas y sus caudales.



Cuauhtemotzin llega al puerto,
Mas no sin que lo rechacen,
Y allí de nuevo la lucha
Se traba en solemne instante.

Mas quiso su buena estrella
Que, entre otras muchas, burlase
Su piragüa la custodia
De los rudos capitanes;

Y veloz como las garzas,
Hiende los rojos cristales
De la laguna, ya libre
De su enemigo juzgándose.

Pero García de Holguin,
Que en las insignias reales
Le ha conocido, bien pronto
Con su escuadra le da alcance.

Entonces el rey, del fondo
De su embarcacion alzándose,
Dirige impotente al cielo
Una mirada salvaje;

De su pecho en lo profundo,
Porque á su rostro no salte,
Guarda su dolor, que apenas
Dentro de su pecho cabe.

Sus flechas arroja al viento,
Su lanza pedazos hace,
Y echando al agua los remos,
Le dice á Holguin con voz grave:

«Soy tu prisionero; solo
Pido que á la reina trates
Cual corresponde á su sexo,
Su condicion y su clase.»

Y pasando con su esposa
A la castellana nave,
Se vió una sombra de muerte
Cubrir su augusto semblante.



ROMANCE III

LA ENTREVISTA.

Algunas horas mas tarde,
En una grande azotea,
Tapizada con alfombras
De España y finas esteras,
En medio á la cual no ha mucho
Que está servida una mesa
Con exquisitos manjares
Y ricas frutas cubierta,

A su ilustre prisionero
Hernando Cortés espera,
De gozo intenso abrumado
Y de curiosa impaciencia.
Al fin aparece el héroe,
Y con lento paso llega
A su vencedor, que grave
Le saluda y se le acerca.
«Malitzin, cuanto he podido,
Exclama el monarca azteca,
Hice por mi augusto trono,
Y de mi pueblo en defensa;
Mas su alto favor los dioses
Me negaron y aun me niegan:
Ya estoy en tus manos, puedes
Hacer de mí lo que quieras.»
Y de Cortés en el cinto
Viendo un puñal, «ó con esa
Arma quítame la vida,
Que es para mí tan molesta,»
Añade, y retrocediendo
Algunos pasos, espera
Con majestad soberana,
Del vencedor la respuesta.

Entonces el Castellano
Le dice afable: «No temas,
Que quien con honor se porta,
Es justo que honores tenga.
Como un valiente has luchado,
El valor siempre se premia,
Y de nosotros no esperes
Ni vituperios ni ofensas.»
Luego del rey se despide,
Que lo traten bien, ordena,
Le repite sus palabras,
Sus promesas le renueva.
Y... vanas fueron por cierto
Tan seductoras promesas:
¡Ojalá que las callara!
¡Ojalá no las hiciera!



CAPITULO ALFONSO
INJURIA

ROMANCE IV

EL TORMENTO.

¡No hay botin! la soldadesca
Con la victoria, no obtiene
El tan anhelado fruto
Despues de tantos reveses.
Entre escombros y ceniza
Tenuchtitlan desaparece,
Y su asombrosa opulencia
En el misterio se envuelve.